

Del poemario: *Amnios*, 2009

A veces tu fulgor alumbra mis ojos sin párpados, mi cara sin rostro, mis manos sin dedos, mi cuerpo sin templo. A veces tu fulgor sorprende mi sentir perdido, enajenado. Mi sopor.

Llamaste a lo invisible de mi ser cuando la nada era mi sola existencia. Invocaste con tu voz desnuda de palabra la semilla naciente que brota del amanecer. Despertaste mi yaciente anhelo.

Bebí de tu aliento el soplo de mi muerte y de mi renacer.
Y así te respiro en tu órbita oscura. Y así te respiro en tu transcurrir de soles maduros y lunas convalecientes.

Pero estoy sola, como un poso turbio, como una huella huidiza, como un sueño sin destino.

Pero estoy sola, acurrucada en el anochecer de tus ingles blancas abandonadas por el ligero temblor del deseo.

Recorro la masa informe de tu cosmos sin dioses ni verdugos.
El orden me conmueve.
El ritmo me adormece.

Escondo mi desnudez en tu etérea caliza.
Me nutro con tu sangre débil de esperanza.
Te inquieta mi leve movimiento,
mi temblor.

Aquí vivo,
engendada por la sombra,
arrullada por un sol umbilicado
en la somnolencia,
en la ofuscación,
desterrada de la nada,
oriunda del vacío
en la entraña del polvo y la ceniza.

Aquí vivo,
aturdida, temblorosa, adormecida.

Pensaba que la nada era el vacío.
Pero el vacío está lleno de tu aire
tu agua, tu sabor

Duermes consciente de mi preexistencia,
mi no ser perdido, anonadado.
Soy una intrusa, una impostora que finge apariencia.
Un germen vacuo, caducado.
Una expiración.

Sólo soy un gesto,
un ademán,
una expresión.
Una simple insinuación.
Una sugerencia.

Pero soy tuya.
La elegida del sueño y del amanecer.
Anhelosa, inconclusa, indefinida.

Desciendo hacia lo profundo hasta bordear lo inaccesible de tu vulva
plateada. Y es allí donde la humedad del vértigo despierta mi sentir.
Donde tu entraña se hace visible a mi mirada. Y es allí donde aprendí a
llorar.

Pero las lágrimas quiebran lo infinito de lo profundo y reflejan mi
aparición sin cuerpo, sin ojos, sin rostro, sin destino.

Me disuelvo en tu salitre, tu humedad, tu fuga seminal.
Tu visibilidad.

Me sumerjo en tu océano de sangre y contemplo mi raíz hecha cenizas. El
vaho de tu nostalgia enturbia la ausencia de mi ser.

Mi *no ser* exangüe, convulso, aniquilado.
Mi *no ser* concebido, fingido, improvisado.
Mi *no ser* seriado.

Estoy atrapada por tu ser. Todavía no soy tuya, ni tú mía. No me sientes, no te siento. Pero estoy atrapada por tu ser.

Tu exterior es finito. Tu adentro profundo. Yo soy el vacío.
Pero estoy atrapada por tu ser.

Caigo en un letargo. Me siento cansada de tanto esperar. El tiempo es todo lo que tengo. Sueño con mis huesos, mi piel, mi pelo. Mi cuerpo flexible, estilizado. Tu olor de pino y jara. Tu sudor malva.

Buceo por tu canal de aguas cenagosas hasta ver la luz. Sorteó con precisión tus arrecifes de corales lánguidos, tu iceberg de secretos irisados, tus magnéticos bosques plagados de ambrosía y de cicuta.

Fluyo con tu sangre, mi sangre. La que finge ser mía, la que simula y semeja, la que plagia y reproduce, la que roba identidad. La impostora que sabe, conoce y recuerda.

Fluyo con tu sangre, la mía, roja, imperfecta, indefinida.

Y en la hora más blanca tu cuerpo expulsa el mío con violencia.
Resurjo medio ahogada entre la sangre y las heces. Tu dolor será ya el mío hasta la muerte.

Despierto sobresaltada. Todavía me encuentro arropado por tus sombras.
El sueño es mi único anhelo. Mi única salida.

Todo duerme. Yo sigo tu lento transcurrir y, ensimismada, *vivo sin vivir en mí,*
porque vivo en ti.

En tu agua.
En tu tierra.
En tu aire.
En tu fuego.
En tu amanecer.

Del poemario: *Amnios*, 2009